

EDICIÓN FEBRERO 2019 | N°236

LA TERCERIZACIÓN Y LA DESTERRITORIALIZACIÓN FRAGMENTAN A LAS CLASES TRABAJADORAS

## El empleo estable en peligro

Por Claudio Scaletta\*

La precariedad laboral es resultado de fuerzas inherentes al sistema capitalista, que se atenuaron durante la etapa de auge de los Estados benefactores y la competencia con el socialismo pero que ahora regresan, fortalecidas por la globalización y el neoliberalismo.



[Matías Baglietto](#)

El modo de producción capitalista, en Argentina y el mundo, se convirtió en una aceitada maquinaria de profundización de la precariedad laboral para las mayorías, la contraparte en el ámbito de la producción de la megaconcentración de la riqueza. La ruptura del *impasse* histórico de los Estados de Bienestar, consolidados durante la segunda posguerra, permitió retomar un sendero apenas interrumpido por la amenaza transitoria del socialismo real. La trayectoria se perfeccionó en el presente con la tercerización y la desterritorialización de la producción, procesos retroalimentados por la aceleración del cambio técnico. El marco geopolítico es el de la emergencia de nuevas potencias en Asia y el estancamiento de Europa.

El Estado de Bienestar, que se extendió desde el fin de Segunda Guerra hasta los años 70, no fue el triunfo de una teoría económica, que siempre expresa cambios en el mundo de la producción y sus relaciones, sino la herramienta que encontró el capital para contrarrestar la utopía del socialismo entre las clases trabajadoras, la amenaza igualitarista que por entonces competía al otro lado de la "Cortina de Hierro". El Welfare State garantizaba a los trabajadores derechos laborales y, especialmente en su versión europea, bienes extrasalariales, como salud, educación y hasta vivienda. El propio capital tomó conciencia de que la expansión de los mercados internos demandaba salarios elevados, algo que el fabricante de autos Henry Ford ya había previsto tan temprano como en 1914.

Esta fue la base de un modelo que se condensó en el ideal del "modo de vida americano" como máxima promesa del capitalismo. Más allá de las funciones de planificación y control del ciclo económico propias de los Estados keynesianos, el objetivo era garantizar a la clase asalariada estabilidad laboral e ingresos elevados. En un contexto de expansión económica, el producto final fue el trabajador de "clase media" y la esperanza cierta del ascenso de clase. Esto se resumía en la vida cotidiana de los barrios suburbanos, con casas iguales de dos plantas y garage, tan ensalzadas por el aparato cultural estadounidense como exquisitamente satirizadas, por ejemplo, por el cine de Tim Burton. Familias asalariadas con al menos dos autos, consumos estandarizados y una hipoteca vitalicia, pero que podían ahorrar para que sus hijos vayan a la universidad. Existía una certeza casi existencial: si se esforzaban, los hijos vivirían mejor que los padres.

Pero ya en los años 70, con la lenta emergencia de la financierización como la vanguardia del capital y con el bloque socialista perdiendo fuerza, el capitalismo comenzó a sentir, como tan bien lo expresarían los documentos de la Comisión Trilateral fundada por el banquero David Rockefeller, que los Estados de Bienestar eran la expresión de un “exceso de democratización”, exceso que si continuaba terminaría minando las bases mismas de la desigualdad y, en consecuencia, afectando el funcionamiento del sistema. Eran los primeros pasos de una nueva-vieja ideología que, llegados los años 80, se plasmaría en el Consenso de Washington.

Las propuestas no eran especialmente originales. La organización del modo de producción capitalista debía “regresar” a sus formas de preguerra y los Estados de Bienestar debían desarmarse en base a políticas de apertura, desregulación y privatizaciones. En el campo académico el mensaje fue que el keynesianismo había fracasado porque “generaba inflación”, proceso que en realidad coincidía con el aumento generalizado de los costos de producción provocado a comienzos de los 70 por la disparada de los precios del petróleo. Fueron los años de emergencia y auge del monetarismo y del fiscalismo junto a un regreso y nuevo ímpetu de la llamada “economía por el lado de la oferta”, conocida hoy como marginalismo u ortodoxia, cuyas recomendaciones principales, la verdadera razón de su corpus teórico, se resumen en bajas de impuestos y salarios. Ello supone que el enemigo es siempre el Estado y cualquier forma de regulación de las relaciones entre el capital y el trabajo.

### **El hilo de Ariadna**

Los procesos descriptos ocurren en el plano de las disputas teóricas y la ideología, es decir son superestructurales, pero al mismo tiempo expresan un cambio en las relaciones de fuerza en la lucha de clases. Son dinámicas que no pueden analizarse separadamente de “la esfera material”, es decir de las transformaciones que a partir de los años 60 comenzaron a registrarse en el mundo de la producción. Estos cambios organizacionales pueden resumirse en dos procesos fundamentales: la tercerización y la desterritorialización (*offshoring*).

En la historia económica existe un hilo de Ariadna, una continuidad lógica del modo de producción capitalista que parte desde los motivos que explican la “riqueza de las naciones” según Adam Smith y llega hasta la tercerización y el *offshoring*.

A fines del siglo XVIII Smith había identificado la relación entre la división del trabajo (la división del proceso de producción en diferentes fases a cargo de diferentes personas) y el aumento de la riqueza material, proceso resumido en el célebre pasaje sobre la fabricación de alfileres. De la división del trabajo surgía la especialización y el incentivo permanente para el cambio técnico. El trabajador se especializaba en la fase de la fabricación que le tocaba y esa misma especialización conducía a la invención de nuevas herramientas y máquinas que ayudaban a mejorar y potenciar el trabajo humano. Esto es, precisamente, lo que siempre

busca el cambio técnico: potenciar el trabajo humano. En términos económicos antes que físicos, se trata de la mejora constante y permanente de la “productividad” del trabajo.

La segunda parte del hilo fue la gran fábrica, resultado de la concentración y la centralización del capital previstas por Karl Marx. Sus formas de organización fueron el fordismo y el taylorismo. El primero se resume en la línea de montaje, y el segundo en la medición precisa y la estandarización de los tiempos que insume cada tarea, y que el cine graficó en el primer caso con *Tiempos modernos*, de Charles Chaplin, y en el segundo con *La clase obrera va al Paraíso*, de Elio Petri.

El objetivo de los cambios organizacionales, decíamos, es siempre el mismo: aumentar la productividad del trabajo. Por eso existe una continuidad entre la fabricación de alfileres smithiana del siglo XVIII y, por ejemplo, las plantas automotrices de mediados del XX. En términos productivos sólo cambian las fuentes de energía, la potencia de las máquinas y la vigilancia sobre el trabajador. Sin embargo, en términos sociales los cambios resultan mucho más radicales: entre el taller y la fábrica, entre el artesano y el obrero, se produce un proceso doble de alienación muy estudiado por el pensamiento marxista. El primer aspecto es la separación del trabajador del producto de su trabajo. El segundo es la pérdida del control del obrero sobre el proceso productivo. Si el trabajador se especializa en una sola tarea parcial, que a su vez se estandariza, pierde los saberes del conjunto de la producción. Luego, cuanto más estandarizada se vuelve su tarea más reemplazable resulta su trabajo. Como resumió David Ricardo, en la esfera de la transformación material el valor de una mercancía depende de las condiciones de reproducción, mientras que en el mundo de la circulación, en el mercado, depende de su escasez. Obviamente si se quiere conocer “el valor de cambio de las cosas que poseen utilidad” (Ricardo) hay que sumar los dos factores. Por lo tanto, el precio del trabajo que vende el trabajador, así como su poder de negociación, disminuyen con la estandarización. Estas características constituyen la base material para la precarización.

Por eso, en tanto su trabajo es reemplazable y abundante, el trabajador sólo puede pelear eficazmente por sus derechos de manera colectiva. Individualmente su poder frente al capital se vuelve nulo. Pero al mismo tiempo los procesos de concentración dan lugar a una importante contratendencia que hace que las relaciones entre el capital y el trabajo bajo la organización fordista-taylorista sean compatibles con los Estados benefactores. Al generalizarse durante el siglo XX las grandes plantas productivas, con todos los trabajadores bajo un mismo techo y la integración en el mismo espacio de todo el proceso productivo, se posibilitó la consolidación de la conciencia de clase y, con ella, del poder de lucha sindical. Dicho de otra manera: la contrapartida de la concentración del capital fue el empoderamiento de los asalariados.

## Pasaron cosas

Marx, y también las Ciencias Sociales al menos hasta pasada la mitad del siglo pasado, creían que con el desarrollo de la gran industria la clase trabajadora terminaría con todas las demás clases. Pero pasaron cosas. A partir de la década del 60 comenzaron a extenderse lentamente los mencionados procesos de tercerización y desterritorialización de la producción, lo que nos lleva al final (transitorio) del hilo que viene desde Smith. La división del trabajo deja de estar encerrada bajo un mismo techo, rompe el espacio de la fábrica o de la unidad productiva (tercerización) y atraviesa también las fronteras territoriales de los Estados (*offshoring*).

El resultado es que no sólo comenzó a revertirse la integración vertical del proceso productivo en un mismo espacio, sino que se produjo una transformación de los asalariados. Siguiendo a los economistas Eduardo Crespo y Javier Ghibaudi (1), se inició una “heterogeneización” de la clase trabajadora, la nueva base material que sustentó el surgimiento de los Estados neoliberales y el Consenso de Washington. Las grandes empresas tendieron a fragmentarse a través de la tercerización: “Numerosas actividades –señalan Crespo y Ghibaudi– antes encuadradas en la administración de una misma compañía, como transporte de mercaderías, seguridad de establecimientos, contabilidad, marketing, publicidad, asesoría jurídica, sistemas de software, limpieza, investigación y desarrollo y un sinnúmero de partes y componentes, en la actualidad son suministradas por sociedades y contratistas, multiplicando el número de firmas y ‘emprendedores’ formalmente autónomos. El sistema sigue operando en base a grandes escalas pero con mayor flexibilidad, capacidad de adaptación y fundamentalmente menores costos y riesgos.”

En paralelo, y siempre en busca de una mayor flexibilidad, la desintegración vertical fue acompañada por la desterritorialización parcial de la producción, lo que dio lugar a la formación de las llamadas “cadenas globales de valor”. En otro pasaje célebre de *La riqueza de las naciones* Smith hablaba de la distinta procedencia de las vestimentas de un trabajador producto de la expansión de los mercados. El mismo análisis trasladado a la actualidad debería describir la distinta procedencia global de los componentes de un *mismo producto*, casi una constante en la microelectrónica pero también en productos más tradicionales como los automóviles.

No obstante su deslocalización, las cadenas globales de valor mantienen su jerarquía territorial. Las etapas más sofisticadas y cruciales se centran en las casas matrices, mientras que se desterritorializan tareas más estandarizadas, lo que se reflejó en un diferencial de ingresos y precarización de los trabajadores. Aunque existen algunos pocos casos en los que el *offshoring* fue acompañado por transferencias de tecnología y capacidades productivas, tienden a predominar las actividades de maquila.

Crespo y Ghibaudi destacan que la nueva segmentación en el mundo del trabajo producto de la heterogéinización de la clase trabajadora, resultado a su vez de la tercerización y el *offshoring*, constituye la base social del Estado neoliberal. Los trabajadores dejaron de estar sujetos a un comando jerárquico y se transformaron, por ejemplo, en microempresarios independientes o en vendedores de servicios a empresas.

Previsiblemente, esta separación creciente entre los trabajadores, cuando no su aislamiento, rompió la conciencia de clase. Aunque funcionan como trabajadores precarizados, sin ingresos fijos, estabilidad laboral, vacaciones ni aguinaldo, y aunque siguen dependiendo de la empresa, que les impone condiciones de trabajo y precios, se perciben a sí mismos como empresarios o profesionales. No se sienten trabajadores sino “clase media”. Su idea de progreso no es social sino individual. Y el Estado es percibido como la entidad “corrupta” que los obliga a pagar impuestos a cambio de servicios públicos deteriorados. Las huelgas y movilizaciones se reducen a interferencias de tránsito. Para el nuevo “trabajador neoliberal” que habla en prosa sin saberlo, su éxito o fracaso es individual. Su credo son las virtudes del “emprendedorismo” y el mito del *self-made man*. Los medios de comunicación reproducen esas historias “cotidianas” de un par de amigos que tienen una idea brillante, fundan una empresa y al poco tiempo facturan millones.

## **Cambio de velocidad**



Finalmente debe agregarse una cuestión que no es teóricamente esencial, pero que tiene fuertes resultados prácticos. Se trata de la aceleración del cambio tecnológico y la capacidad de reemplazar el trabajo humano más abundante, es decir el más estandarizado, por la automatización, por el trabajo de las máquinas. Decimos que no es “teóricamente esencial” porque desde los albores de la Revolución Industrial es lo que siempre hicieron las máquinas: reemplazar el trabajo humano más estándar o “estandarizable”. La diferencia es que ello ocurre hoy más rápido y con más tareas. Sin embargo las máquinas no pueden reemplazar la totalidad del trabajo humano, cuya esencia, como señala el investigador del MIT David Autor, es ser “inteligencia y fuerza, dominio técnico y juicio intuitivo, transpiración e inspiración” (2). La consecuencia de este razonamiento es clara: automatizar un grupo de tareas realizadas por el trabajo humano no implica el abandono de las otras. Luego, la automatización eleva el valor económico de las tareas restantes. La conclusión de Autor es que las máquinas realizarán cada vez más tareas que hoy realizan los humanos, pero que siempre habrá tareas exclusivamente humanas para hacer.

Lo que se observa en el actual estadio de desarrollo del capitalismo es una “polarización” del empleo. En los países más desarrollados –y, con matices, también en Argentina– se mantiene la demanda de trabajadores para puestos bien remunerados, como científicos, directores de empresas o profesionales liberales, junto con los trabajos de menores ingresos, como el personal de maestranza y doméstico o los servicios comerciales y de distribución. Frente a ello, cae la demanda de los trabajos de ingresos medios, donde tiene un impacto más fuerte la precarización.

La primera conclusión general es que, a pesar de los cambios tecnológicos y las contratendencias, las sociedades capitalistas siguen creando más riqueza, pero también mayor desigualdad, un proceso que expande dos nuevos actores, los precarizados y los excluidos. El Estado neoliberal que sucedió a los Estados benefactores puede entenderse como la expresión institucional e ideológica de los cambios en el mundo de la producción capitalista.

La segunda conclusión es local: aunque las analogías no son lineales, la evolución de la economía argentina en el período 2003-2015 puede leerse, con limitaciones y matices, como una etapa de reconstrucción relativa de un Estado benefactor en un contexto geopolítico desfavorable. La tarea de la restauración neoliberal emprendida en los últimos tres años consiste en atacar los “excesos de democratización” y recuperar las banderas del Consenso de Washington. No es casual que la primera víctima haya sido el mercado laboral, la precarización generalizada como característica de los nuevos empleos y una mayor desigualdad en la distribución del ingreso.

1. Eduardo Crespo y Javier Ghibaudi, "El proceso neoliberal de larga duración y los gobiernos progresistas en América Latina", *El neoliberalismo tardío* (2017), documento de trabajo N°5, Flacso Argentina.

2. Claudio Scaletta, "Del fin del trabajo al trabajo sin fin", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur N° 224, febrero de 2018.

\* Economista.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur